

Herejía: "La muerte lo infecta todo, la muerte esa brújula magnetizada".
Amigos: Abdul Bashur, Alejandro Obregón, Álvaro Mutis.
Epitafio: "No era aquí".
Palabra predilecta: zarpar.

JORGE H. CADAVID

446 páginas de apretado lirismo en prosa

Las auroras de sangre. Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América

William Ospina

Ministerio de Cultura, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1999, 446 págs.

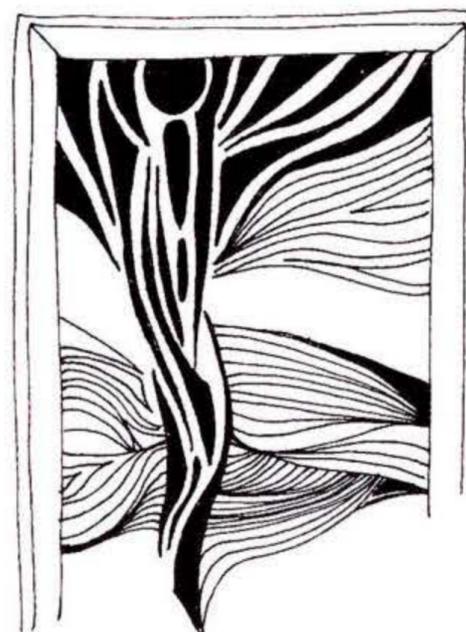
Tengo que confesar, para empezar, que llegué a este libro con un prejuicio ambivalente en su contra: la persuasión de que William Ospina es uno de nuestros mejores poetas, junto a la lectura y el posterior comentario, lúcido aunque acaso algo perverso, de Andrés Hoyos al amplio ensayo de Ospina *Es tarde para el hombre*, un libro tan bien escrito como ingenuamente dirigido a valorar un presunto rescate de un mundo religioso que, según su autor, es el que le haría falta a una humanidad vacía de contenidos y de rumbos en el nuevo milenio. Me sorprendió su lectura, y no pude dejar de hacer el paralelo con *La pregunta por el hombre*, ese desgarrado testamento al que considero el mejor libro de Andrés Holguín. Y digo que me sorprendió que dos de los libros de ensayos más importantes del final del siglo XX en Colombia, con nombres incluso similares, terminaran esbozando propuestas tan antagónicas. Holguín terminaba su vida con una confesión de serenísimo nihilismo, de una racionalidad casi chocante, ajena del todo a su mundo poético y a su amor por el misticismo oriental, en el más inesperado de sus

temas inesperados. Ospina, apocalíptico, abandonaba su serena racionalidad poética y hacía una propuesta de índole casi mística y esotérica. Eran libros inesperados, como si se hubiesen trocado los autores. Mucho más poético el segundo, mucho más lúcido el primero. Yo iría más allá de lo que escribió Andrés Hoyos —que, por cierto, no menciona el libro de Holguín— para intentar examinar esas posiciones contrapuestas y maniqueas como un episodio más de la eterna lucha entre los pensamientos de Oriente y de Occidente.

Y es que hasta la última palabra estuve de acuerdo con Hoyos. Las ideas esbozadas por Ospina en aquel libro me parecieron desmesuradamente poéticas, casi vergonzosamente líricas, llenas de efluvios más hermosos que correctos y, como tales, ancladas en una irrealidad esencial. Y no es que la propuesta estética carezca de valor, sino que el ensayo de Ospina se pretendía algo más que eso, y ése, me parece, era su defecto fundamental. Su valor, pues, como propuesta intelectual consciente se me antojó, al igual que a Hoyos, bastante pobre. Siempre he creído que se puede ser un gran poeta junto a un pésimo intelectual. Ospina es un gran intelectual, pero lo que quiero decir es que el buen poeta no es por fuerza un buen pensador.

Hasta aquí la mirada de Andrés Hoyos, otro excelente prosista por lo demás. Ahora bien: lo que Hoyos no quiso comentar, acaso porque lo demás ya vedaba cualquier otro acercamiento, fue el estilo del autor. La reseña de Hoyos no basta para ocultar lo que más atrae en el tolimense; esto es, que Ospina posee un estilo maravilloso, brillante y mágico. Y es que si nos acercamos con mirada de poetas al texto, sin buscar en él más que valores estéticos, sugerencias vibrantes, deliciosas correspondencias sensoriales, atisbos de vida inteligente en el planeta de las correspondencias misteriosas que no pueden ser explicadas, si es que acaso pueden ser explicadas, sino por el sentimiento, Ospina se convierte de pronto en una especie de gran hechicero entre los escrito-

res actuales en Colombia. Y es que la lógica de Ospina —no es que carezca de ella— se me antoja meramente literaria, totalmente poética, desmesuradamente sensual, así se apoye en el rigor de las referencias eruditas y en una aparente precisión en los conceptos, que por lo demás suele reivindicar con demasiada frecuencia. Esto es, rechazo a los dogmatismos, a las ambigüedades, a las simbologías freudianas o de cualquier otro tipo, junto con una búsqueda de significados históricos precisos.



Pero creo que se trata de una cuestión de temperamento. Es como si la poesía fuera a lo prosaico lo que la filosofía a la ciencia. Allí donde termina la una, comienza la otra. Cada nuevo descubrimiento de la "realidad", esa palabra que Nabokov sugería fuese escrita siempre entre comillas, destruye para siempre enteros mundos poéticos. Y hay quienes buscan vivir siempre dentro de ese reducto no alcanzado por la ciencia; se niegan inconscientemente a salir de él. El desvelo de cada misterio supone para ellos una pérdida, algo que sale en adelante del círculo de sus afectos porque ha perdido la mayor de sus gracias: el misterio. Y Ospina —el juicio es demasiado contundente como para no arriesgar equivocarme— es de la estirpe de aquéllos. No en vano son sus maestros un Borges, un Whitman y un Browning. ¿Quién más lógico que Borges? Y sin embargo, ¡cuán visceral! ¡Qué manera de poner la in-

teligencia al servicio de sus pasiones, así sean estas meramente estéticas! ¿Que "realidad" oculta, fuera de la realidad estética, le interesa describir a Borges? Podemos decirlo sin temor: Ninguna. Ospina, como sus maestros, sabe que el mundo es budistamente ilusorio y que no es posible intentar siquiera aprehenderlo, como quisieron hacerlo Kant y el idealismo alemán.

Quiero señalar, por encima de todo, la alta poesía que anida en los trozos líricos de Ospina, en sus enumeraciones whitmanianas (¿se puede decir así?), bastante mejores a mi parecer que las del original norteamericano (vale decir que al igual que les ocurría a Swinburne, a D. H. Lawrence, a Ambrose Bierce, a Luis Vidales y a tantos otros, no acabo de digerir a Whitman), pero que muestran a un atento discípulo que atiende más a la minuciosidad en las enumeraciones que a las descripciones.

Como todos los anteriores de Ospina, este libro es otro "mapa de sus amores literarios"; la acertada expresión es de Óscar Torres. Pero no he dicho todavía —la carátula comete un pecado peor que el mío, y es que nunca lo dirá— que este libro es un ensayo acerca de nuestra gran épica y lírica de la Conquista, la obra de don Juan de Castellanos; esto es, las *Elegías de varones ilustres de Indias*.

Aplicado discípulo que se ha ido labrando un estilo propio a través de lo mejor de sus maestros, demasiado bien escogidos, envidiablemente escogidos, Ospina domina sus modelos, sobre todo a Borges. Sus ensayos, y éste no es la excepción sino acaso la sublimación, son muy borgianos, sin ser Borges; apenas lo suficiente para rendir la lección sin dejar de ser Ospina. Desde luego, Borges jamás habría leído a Castellanos ni hubiera escrito sobre éste a menos que hubiese nacido en Colombia. Sus Juan de Castellanos fueron Güiraldes y el *Martín Fierro*, así como los compadritos y las milongas, lo más deleznable, lo único acaso deleznable de su obra inmensa.

Hasta el día de hoy, los historiadores han considerado a Castellanos un poeta, y los poetas lo han tenido como un historiador. En *Las auroras de sangre*, en 446 páginas de apretado lirismo en prosa, William Ospina recoge prácticamente todo lo que se sabe acerca de las *Elegías* y de su autor, lo estudia, lo comenta, lo rescata doblemente: esto es, le confiere ese profundo sentido poético a la obra de Castellanos, lo cual explica títulos de capítulos como *En busca del poeta perdido*, que ilustran ese afán por revivir una faceta casi olvidada del gran bardo e historiador colonial, o trozos como aquél sobre Otero D'Costa: "Su búsqueda de Castellanos es memorable: le dedicó 150 páginas de ambigua devoción, en la cual se proponía demostrar que el poeta no era un historiador confiable...", que ilustran la otra batalla que ha perdido Castellanos sin sólidas razones distintas de la pereza de los historiadores a leer tantos miles de versos: la de la precisión histórica.



Quienes nos hemos tomado la molestia de leer casi toda la obra múltiple de Castellanos con esa visión ambivalente hemos descubierto sorprendentes parangones, informaciones tomadas de las obras perdidas de Jiménez de Quesada, testimonios más confiables que los de fray Pedro Simón, que no por estar narrados en octavas reales son

menos verídicos (el lector menos informado debe saber que las *Elegías* son fruto del paso al verso de una obra originalmente escrita en prosa, que se ha perdido). El historiador, para citar un ejemplo contundente, pasa por alto, como si fueran apenas cosas de poeta, las informaciones que Castellanos nos otorga acerca de Colón, o del propio Quesada, tomadas de gentes que los conocieron o de ellos mismos, que no aparecen jamás en las biografías.

Y no es un desalentado y quejumbroso rescate el de Ospina, como también han estilado algunos, sino un vigoroso recuento y una apología ejemplar, en un libro tan lleno de vida como la mejor de las poesías. *Las auroras de sangre* va discurrendo suave, deliciosamente, como un lento río sobre un lecho de terciopelo, y hay momentos en los cuales creemos estar sumergidos en la obra maestra, esa esquiva presencia que vivimos esperando los lectores y que se nos da, si tenemos suerte, un par de veces en la vida. Leyendo a Ospina se nos antoja que escribir es fácil. Se trata de compartir entusiasmos, nada más. ¿Qué mejor meta para la literatura que ésa?

Alonso de Ercilla escribió *La araucana* para obtener fama y reconocimiento, y las consiguió. Don Juan de Castellanos creyó que era importante dejar un testimonio de multitud de hechos de los que sabía él era el único testigo fidedigno. Por ello escribió para la posteridad, más que para la fama. La posteridad, tanto en literatura como en historia, consiste en un par de estudiantes universitarios que se equivocan de fichero en una biblioteca y reciben el libro que no era y por pereza lo hojean —ni siquiera es preciso que lean—, y es ahí cuando ocurre el milagro, si es que ha de ocurrir. Si algo quedó de esa breve visión, y si los estudiantes tienen público que los escuche, es cuando ha hecho su trabajo la "posteridad".

¿Y qué en cuanto al fondo mismo de la realidad histórica de las *Elegías*? Ospina, a pesar de no ser experto en el tema, señala las equivocaciones que con frecuencia co-

meten los historiadores acerca de hechos narrados por el cura de Tunja.

¿Y la realidad social? Muy lejos de convertirse en un *indigenista* o *indigentista* a ultranza, Ospina trata de ver todos los ángulos culturales de la Conquista. El escritor tolimense reivindica al indio americano, es cierto, pero no lo hace en el lenguaje de sus ancestros pijaos sino más bien en el del padre Las Casas. Casi sin darse cuenta, continúa y profundiza, de nuevo buen alumno de Borges, con toda la herencia de la cultura occidental que lleva encima, que llevamos encima los latinoamericanos que, como decía Cortázar, no cegados por las pasiones nacionalistas de las grandes potencias culturales, podemos reclamar sin vergüenza el ser los más ecuménicos o universales entre los cultos del mundo.



Si hay que señalar algún defecto en este libro admirable —y nada nos obliga a hacerlo— es que de algún modo se notan las primeras inmersiones del autor en temas que probablemente desconocía a fondo al emprender el libro: esto es, los vericuetos del derecho indiano, de la economía colonial, de la sociología compleja del primer Nuevo Mundo. Es cuando nos devuelve a la tierra, y el porrazo es fuerte. Y es que no es nada fácil pasar de cantar la flora y la fauna y las mil bellezas de la geografía a la vil explotación

de los indígenas. Y no es que le falte seriedad ni rigor. Se advierte que mucho ha leído para ilustrarse, o que, como el mejor de los investigadores, el autor viajó a España a los lugares involucrados en la narración, que estuvo en el pueblo de Alanís, patria del poeta, y que de ello nos regala testimonios novedosos, únicos, pero siempre —no hay que olvidarlo— más bajo la mirada del poeta enamorado que del indianista consumado. La pluma de Ospina sólo decae un tanto cuando se mete en lo que no es lo suyo, cuando abunda en explicaciones históricas, cuando hace el sociólogo a su pesar; se le nota, digamos, la incomodidad de la silla en la que está sentado. Es entonces cuando nos resulta algo pobre, gastado, en alguna ocasión ingenuamente banal, explicándonos cosas a las que de inmediato vemos que acaba de llegar y que son nuevas a sus ojos pero cosa cotidiana para el experto, como los problemas de encomenderos e indios, la condición real del indio y de los resguardos, la sed del oro, el maltrato; se ve a la legua que el autor no ha comerciado nunca antes con el tema de la encomienda, con los complicados contratos coloniales, con las alcabalas, con los mil meandros del derecho indiano, y que aventura originales análisis globales del fenómeno de la conquista que no por bellos dejan de desnudar un tanto la falta de información especializada y digerida tras fatigosos años por los eruditos. Al igual que en *Es tarde para el hombre*, cuando menos nos atrae Ospina es en el discurso ideológico, porque nos obliga a estar o a no estar de acuerdo, y sus tesis a veces nos parecen tan peregrinas que irremediablemente no podemos estar de acuerdo con ellas.

Pero como esta lectura es ambivalente, leído con acento meramente estético el defecto puede convertirse en virtud. Recién arribado a esos vericuetos de la historia socioeconómica, el autor parece sorprenderse por lo que aprende, así como el buen cura de Tunja se sorprendía ante la exuberancia del mundo que acababa de descubrir y, al igual que

aquél, se limita a cantarlo... Es entonces cuando me parece mejor que el autor divague o exagere, o que simplemente se equivoque, o que no estemos de acuerdo con sus opiniones. Como Borges, que nos ha enseñado a sus discípulos a ser arbitrarios, contundentes y tercos y a desdeñar los matices, lo ecléctico, el justo medio, Ospina me parece terco. Recordemos que terco es el que no está enteramente de acuerdo con nuestras ideas. Pero me parece también, para ser justos, que cuando su mundo es ingenua y delirantemente poético es cuando el ensayo de Ospina brilla a mayor altura, como siempre que no arriesga y se queda en las puras delicias de la imaginación presentándonos encantadores cuadros de sus amores literarios. Ahí es cuando no podemos menos que admirarlo. La prosa de Ospina me parece muy apropiada para el género ensayístico. Por momentos resulta el mejor escritor del mundo y su lectura una de las más agradables posibles.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

¿Es la realidad incompatible con el amor?

Romanza para murciélagos

Germán Espinosa

Editorial Norma, Bogotá, 1999,
205 págs.

Este libro tiene todas las marcas de la literatura de Germán Espinosa: un lenguaje recursivo, donde cada adjetivo nos muestra que estamos ante un estilo elaborado; unas historias inventivas donde el lector es absorbido por la trama; un trasfondo claramente latinoamericano, que sin embargo apela a una condición humana universal.

Tres relatos conforman el libro. Aunque cada uno de ellos tiene un